

REFLEXIONES SOBRE LA CRISIS ACTUAL, EL CAPITALISMO NEOLIBERAL Y LA FALACIA DE LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA

José Antonio Segrelles Serrano*

Resumen

La actual crisis económico-financiera en la que se encuentran sumidos muchos países desarrollados, ante todo de la Unión Europea, está muy relacionada con las últimas transformaciones y adaptaciones del sistema capitalista, las nuevas ofensivas neoliberales y la falacia sobre la que se sustenta la construcción europea, que desde sus orígenes ha estado supeditada al capital financiero alemán. Esta crisis económica, financiera y de la deuda está sirviendo para aplicar unos planes de ajuste que recaen sobre las clases sociales más desfavorecidas y empobrecen a los países más vulnerables. Las consecuencias de esta situación crítica pueden ser imprevisibles mientras siga en pie ese megaproyecto capitalista, imperialista, financiero y burgués llamado Unión Europea. El futuro pasa por construir unos Estados Unidos Socialistas de Europa, donde se superen las fronteras nacionales, haya una integración política plena y la propiedad de los medios de producción sea pública.

Palabras clave: Crisis Económico-Financiera; Capitalismo Neoliberal; Falacia de la Construcción Europea.

Abstract

The current economic and financial crisis in which many developed countries, first and foremost of the European Union, are mired is closely related to recent transformations and adaptations of the capitalist system, the new neoliberal offensive and the fallacy on which is based the construction of Europe, which since its inception has been subject to the German

* Catedrático de universidad. Grupo Interdisciplinario de Estudios Críticos y de América Latina (GIECRYAL), Universidad de Alicante (España). Correo electrónico: ja.segrelles@ua.es.

financial capital. This economic, financial and debt crisis is serving to implement plans setting that they fall on the most disadvantaged social classes and impoverish the most vulnerable countries. The consequences of this critical situation can be unpredictable while still standing that mega financial and bourgeois capitalist, imperialist project called European Union. The future is to build a Socialist United States of Europe, where national borders are exceeded, has a full political integration and ownership of the means of production is public.

Key words: Financial Crisis; Neoliberal Capitalism; Fallacy of European Construction.

La libertad y la Democracia tienen en la sociedad capitalista como límite el punto en que sea cuestionado peligrosamente su fundamento: la propiedad privada de los medios de producción¹.

Introducción

Cuando los apreciados amigos y colegas del Centro Humboldt y editores de la revista Meridiano me pidieron una colaboración que abordara la cuestión de la tremenda crisis que afecta a los países europeos y el engendro que ahora más que nunca representa la creación de la Unión Europea (UE), brotaron en mi ánimo dos sentimientos, tal vez contrapuestos, quizás complementarios, pues por un lado me sentí orgulloso de que pensarán que yo tuviera algo significativo que decir sobre el asunto que se desarrolla a continuación, pero por otro lado me invadió el sentido de la responsabilidad y el temor de no estar a la altura de las circunstancias exigidas en el planteamiento de un tema complejo que a buen seguro traerá consigo controversia e incompreensión en diferentes ámbitos académicos y político-sociales. Valgan estas reflexiones como una modesta aportación al análisis de una situación que, dadas las contradicciones inmanentes al sistema capitalista, puede acabar con la UE, derivar en conflictos armados a la vieja usanza o tal vez constituirse en el embrión de una unión socialista de países donde se superen de forma revolucionaria los límites estatales nacionales y se comience a construir una Europa social y de los trabajadores.

La caída del muro de Berlín (1989) y la posterior desaparición de la Unión Soviética (1991) tuvieron como consecuencia inmediata el triunfo del neoliberalismo, la eliminación de la bipolaridad geopolítica en el mundo, la emergencia de Estados Unidos como única potencia

¹ ANGUIA, 2012, p. 25.



hegemónica planetaria y la difusión de conceptos que albergan una enorme carga ideológica, tales como globalización, mercado, privatización, competitividad, concurrencia, desregulación y libre comercio. Estas concepciones, que en algunas gentes parecen consignas más que otra cosa, generan un pensamiento excluyente, tanto socioeconómico como político y cultural, que penetra en las mentes hasta asfixiar cualquier intento de reflexión libre y autónoma, ya que se rechaza de plano todo razonamiento que no se acomode a las directrices de la doctrina neoliberal prevalente. Hasta se llegó a decretar el “fin de la historia”² después de la proclamación de la muerte de las utopías, la desaparición de las ideologías y de los conceptos de izquierda y derecha o la inexistencia de las clases sociales e incluso de la misma sociedad, como sostenía Margaret Thatcher. Para ella sólo había individuos y familias. Casi por las mismas fechas, el presidente de Estados Unidos Ronald Reagan afirmaba que estaba amaneciendo en América y que el Estado no era la solución a los problemas, sino el problema mismo³.

En este sentido, negar los antagonismos de clase, la distinta capacidad de influencia en las políticas desarrolladas o las diferencias sociales en la posesión de la riqueza no es más que favorecer unos intereses por encima de otros. Como indica Slavoj Žižek (2011), es fácil reírse de la noción de Francis Fukuyama del “fin de la historia”, pero la mayoría de las personas hoy en día son fukuyamistas que aceptan el capitalismo democrático-liberal como la fórmula finalmente encontrada de la mejor sociedad posible, de modo que todo lo que uno puede hacer es volverlo más justo, más tolerante, más amable, más equilibrado⁴.

Para llegar a este estado de cosas y a la situación pretendida por las clases dominantes fue necesaria desde luego la colaboración, bien por acción bien por omisión, de muchos intelectuales y científicos. Unos colaboraron de forma activa y voluntaria haciendo valer su autoridad de pensamiento, mientras que otros quedaron aturridos por la avalancha y la omnipresencia de ideas que bloqueaban cualquier capacidad de respuesta y contestación. Estas concepciones de tipo neoliberal, que actúan al servicio del gran capital internacional, impregnan de su tiranía económica no sólo al pensamiento y a la crítica, sino también a la política y al conjunto de la sociedad, pues en la actualidad, los mercados se erigen, sin someterse a la voluntad popular ejercida en las urnas, como auténticos dictadores que con sus acciones se sitúan por encima de las decisiones de los representantes políticos de los

² FUKUYAMA, 1992.

³ JUDT, 2012, p. 99.

⁴ ŽIZEK, 2011, p. 92.

diferentes países, que por regla general son conniventes con la progresiva demolición del Estado del Bienestar y la constante aplicación de recetas conservadoras y neoliberales.

En cualquier caso, las privatizaciones masivas de empresas públicas, el imperio de los mercados, la globalización económico-financiera, la creciente especulación, la progresiva desaparición de las regulaciones estatales y la libre circulación de mercancías y capitales no han conseguido un mayor bienestar para la mayoría de la población europea y mundial ni evitar la grave crisis que asuela las economías más prósperas. Los apologetas del neoliberalismo y sus voceros mediáticos aún dicen que el problema radica en que hace falta “más mercado” y menos regulaciones por parte del Estado, poniendo la mirada en los dos grandes sectores que todavía están en manos públicas en gran medida: la sanidad y la educación. Por supuesto, jamás reconocerán, aunque alguna tímida voz ya comienza a alzarse, que son precisamente estas políticas neoliberales las que han sumido al mundo desarrollado en la recesión, causando en primer lugar una crisis financiera profunda, después una crisis de la deuda sin precedentes y luego el desempleo y la precariedad para millones de personas. A este respecto, 25 millones de europeos carecen de empleo. De ellos, 17,4 millones se encuentran en la llamada zona euro, es decir, el 11% de la población activa, porcentaje que es del 10,3% en el conjunto de la UE. Por su parte, el desempleo en Estados Unidos afecta al 8,2% de la población activa, lo que significa que existen 12,7 millones de parados en el país, de los que 5,4 millones llevan más de seis meses sin ocupar un trabajo. Sin embargo, la tasa de paro en España supera cualquier previsión: 24,3% de la población activa, debido a las deficiencias estructurales de la economía española, que se basa en la riqueza generada por la construcción de viviendas e infraestructuras y en el turismo, sectores altamente dependientes y poco productivos.

El desempleo masivo, que en el pasado constituía un descrédito para el mundo empresarial de cualquier país afectado y una patología de las economías mal gestionadas, se ha convertido en un rasgo endémico de las sociedades desarrolladas y en un factor que hace subir de forma inmediata en el mercado de valores la cotización de las acciones bursátiles de las compañías que destruyen puestos de trabajo. Esta es una de las grandes contradicciones del sistema capitalista, pues la ausencia de trabajo, la precariedad del mismo y la pérdida de poder adquisitivo de los ciudadanos reducen el consumo y retroalimentan las crisis. La vida económica se paraliza y el sector productivo no consigue dar salida a sus productos porque la población deja de consumir y queda sumida en la precariedad más absoluta. Según el informe *Exclusión y Desarrollo Social en España. Análisis y Perspectivas 2012*, elaborado por la organización Cáritas Diocesana, existen 58.000 hogares en España en los que no se percibe

ingreso alguno, ni del trabajo ni de las prestaciones por desempleo ni de la Seguridad Social. Esta cifra representa un 34% más que el mismo indicador en el año 2007. Además, los pobres en España son más pobres desde que comenzó la crisis, como demuestra la disminución del umbral de la pobreza, que pasó de 8.000 euros en 2009 a 7.800 euros en 2010. La renta media también ha descendido un 4%, pero si se compara la evolución de la renta por persona con la del Índice de Precios al Consumo (IPC), la caída se aproxima al 9%. El crecimiento de la desigualdad duplica al de Francia, triplica al de Alemania y es casi cinco veces mayor que el de la media de la UE-15. Asimismo, la renta correspondiente al 20% más rico de la población española y al 20% más pobre pasó de un valor de 5,3 en 2007 a otro de 6,9 al finalizar el año 2010.

Pese a estas elocuentes cifras y al seguimiento de la política alemana centrada en la austeridad fiscal a ultranza, el Partido Popular, que gobierna en España con mayoría absoluta, no toma medidas para cambiar el ciclo económico e incentivar el empleo, sino que fiel a sus convicciones y jaleado por la prensa y los sectores más reaccionarios de la sociedad española, ejecuta estrategias ideológicas con el único objetivo de preparar el terreno para cuando la crisis pase y la economía se reanime. Se aprovecha el *shock* que supone una crisis de inconmensurables dimensiones, como diría Naomi Klein (2007), para ajustar las cuentas históricas con los trabajadores, primar al capital privado y reducir al máximo el gasto público. De ahí su fijación con los funcionarios de los distintos niveles de la Administración del Estado y con la sanidad y educación públicas, pues casi todas las medidas de austeridad recaen aquí. Sin embargo, no les tiembla el pulso a la hora de inyectar dinero público a los bancos con problemas de solvencia, como va a suceder con el recientemente quebrado Bankia, donde todavía el gobierno conservador se niega a precisar cuántos miles de millones de euros costará su saneamiento a los ciudadanos. Cabe preguntarse qué tipo de economía de libre mercado es esa en la que los beneficios son privados y las pérdidas se socializan para que sean asumidas con el esfuerzo de los que menos culpa tienen en la generación de esta crisis. Se mire como se mire sigue siendo contradictorio que el trabajo sea una actividad social y que los frutos del mismo sean privados, situación especialmente absurda en los periodos críticos.

Este artículo se ha dividido, pues, en tres partes fundamentales. En la primera de ellas se analiza el hermanamiento existente entre el capitalismo, sus crisis periódicas y los conflictos bélicos como forma histórica de superación de las mismas. A continuación se estudian la crisis financiera y de la deuda actual y la nueva ofensiva neoliberal, que aprovecha

los problemas económicos que presenta en la actualidad el mundo desarrollado para tomar medidas ideológicas que no buscan la solución de la crisis, sino sentar las bases laborales, económicas y financieras más favorables para el capital internacional y las burguesías nacionales una vez que cambie el ciclo y se reanime la economía. En el tercer apartado se reflexiona sobre la falacia que representa la construcción europea desde su propia concepción, pues ya sus orígenes aparecen viciados por estar al servicio de la lucha contra la Unión Soviética en el contexto de la guerra fría y de las necesidades del capital financiero alemán. Por último, en las conclusiones se plasma la conveniencia de una mayor integración política de la UE con el fin de que ésta no desaparezca y conjurar el peligro de nuevos conflictos armados, pero eso sí, una integración que no esté capitaneada por la burguesía y el capital, sino por los trabajadores y con un ideario social y socialista.

1. Crisis, capitalismo y guerra: un hermanamiento histórico

Cuando se desata en la segunda mitad de la década de los años dos mil la crisis en la que todavía está inmersa la UE, los defensores y voceros del dogma neoliberal ya habían olvidado las graves consecuencias de las múltiples recesiones que han jalonado el devenir del siglo XX, sin tener en cuenta que las crisis son cíclicas y consustanciales al modo de producción capitalista y que, además, resultan cada vez más frecuentes, más profundas, más prolongadas..., poniendo de manifiesto las contradicciones inherentes al propio sistema y lo inevitable de su decadencia. Pese a todo, desde el comienzo de esta grave crisis que atormenta a los países desarrollados se han escrito auténticos ríos de tinta sin apenas mencionar a Karl Marx (1968, 1973), quien describió por vez primera las crisis económicas vinculándolas al modo de producción capitalista. La superproducción, según el pensamiento marxista, es la causa última de las crisis. En primer lugar se produce una etapa de especulación desmedida que en los sectores más diversos aporta una prosperidad generalizada que impulsa a que se produzca más de lo que puede asumir el mercado. Las crisis estallan en la economía financiera especulativa para extenderse después a la economía productiva. Y ahí se encuentra la cruel paradoja de la existencia de enormes cantidades de mercancías que no se pueden vender por falta de compradores, debido a los bajos salarios y a la pérdida de poder adquisitivo, mientras que la mayoría de la población ve deterioradas sus condiciones de vida y carece de lo más elemental. Estas crisis sólo se superan por medio de una renovación

completa del aparato productivo para que el capital sea capaz de obtener beneficios de nuevo. Se destruye para reconstruir, lo que se convierte en algo necesario cada cierto tiempo para que este sistema subsista y salga fortalecido. En cualquier caso, como indica Ignacio Sotelo (2012), llama la atención que esta evidencia sea ignorada y omitida por la economía dogmática dominante y por la mayoría de los políticos. Es más, atreverse a manifestar algo que se salga del estrecho cauce marcado por los intereses de la burguesía oligárquica lleva de inmediato a la descalificación del disidente, a ser condenado a la invisibilidad y a perder cualquier plataforma desde la que poder alzar la voz, lo que enlaza con lo expuesto en la introducción acerca del gran poder y capacidad de influencia conseguidos por la doctrina neoliberal.

Sin embargo, la supuesta decadencia del capitalismo requiere algunos matices, pues este sistema ha demostrado durante su larga existencia que tiene una enorme capacidad de adaptación y autotransformación y siempre ha salido fortalecido de las situaciones críticas más adversas. En ocasiones, esto lo ha logrado mediante una revolución tecnológica que ha supuesto el desarrollo, mercantilización y consumo masivo de las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) que en origen eran de uso exclusivamente militar, como es el caso de Internet. Otras veces, la solución a las crisis ha venido de la mano de un conflicto bélico, pues la reconstrucción de todos los destrozos causados por la guerra activa la economía de los países implicados y de los que dependen de ellos al actuar como suministradores de materias primas y mano de obra barata. Siempre se ha dicho y casi todo el mundo acepta que la superación de la gran depresión de la década de los años treinta del siglo XX, tras el famoso *crack* del 29, se debió a la aplicación de las políticas económicas de John Maynard Keynes, que alentaban la intervención del Estado en la economía mediante inversiones públicas destinadas a reactivar el consumo de los ciudadanos, los niveles de empleo y el crédito a las empresas (*New Deal*). No obstante, tal vez habría que mirar hacia la Segunda Guerra Mundial como factor determinante en el fin de la crisis. El esfuerzo de la industria bélica de Estados Unidos reanimó sin duda la economía del país, aunque también se debe tener en cuenta la importancia que tuvo la captación de nuevas fuentes de materias primas y mercados al caer bajo su égida las antiguas colonias del imperio británico. Tampoco se debe olvidar el papel preponderante que este país consiguió con la ayuda prestada para la reconstrucción de Europa y Japón (Plan Marshall).

Norman Angell, citado por Antonio Gramsci (2011), plantea la cuestión de la guerra desde un punto de vista decidida y perfectamente lógico⁵. Angell llegó a la conclusión de que la guerra es un hecho tan grande que es necesario suponer que los hombres que la han desatado tienen enormes razones para desencadenarla y están realmente convencidos de estas razones. Las guerras modernas nacen de la necesidad de mejorar los ajustes económicos para ciertos capitalismo nacionales. Los individuos que componen estos capitalismo creen que las guerras son económicamente rentables porque crean mejores condiciones de producción y comercio.

Asimismo, el fascismo alemán, detonante principal del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, también se puede considerar que fue consecuencia de la misma crisis que sumió a su pueblo en la inflación, el desempleo masivo y la pobreza. La situación era tan grave e inmanejable que hizo posible la ascensión democrática de Adolf Hitler al poder, si bien con diversas trampas, algunos asesinatos y muchas presiones políticas. No se debe olvidar al respecto que si el fascismo prospera es porque la derecha quiere y consiente. En aquellos momentos las fuerzas conservadoras europeas y estadounidenses quisieron y consintieron. Incluso se dice que el magnate de la industria automovilística Henry Ford tenía una fotografía de Hitler en su despacho. Además, el nacionalsocialismo alemán fue alimentado por las derechas de muchos países europeos, incluidas las potencias, porque podía representar un contrapeso fundamental ante la odiada Unión Soviética. Salvar al mundo del bolchevismo y reestructurar el mapa de Europa eran dos proyectos que se superponían después de la época de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), ya que la maniobra inmediata para enfrentarse con la Rusia revolucionaria consistía en aislarla tras un *cordón sanitario* (como se decía en el lenguaje diplomático de la época) de estados anticomunistas⁶. Con un poco de suerte, ambos países, Alemania y la Unión Soviética, acabarían enfrentándose en el campo de batalla y ninguno de los dos saldría indemne. Esto podría suponer la destrucción del enemigo ideológico y político ruso, que constituía un ejemplo que no debía cundir, y el debilitamiento categórico del rival capitalista germano, que junto con Italia y Japón se sentía insatisfecho de su escasa influencia colonial en el mundo⁷.

A este respecto, vale la pena resaltar que las potencias del Eje alcanzaron el cénit de sus éxitos en el campo de batalla a mediados de 1942 y no perdieron la iniciativa militar hasta 1943. Los aliados no regresaron de manera decidida al continente europeo hasta 1944

⁵ GRAMSCI, 2011, p. 80.

⁶ HOBSBAWM, 1995, p. 40.

⁷ ZHUKOV, 1991.

(Desembarco de Normandía), aunque un año antes ya lo habían hecho en Sicilia, pues su avance fue detenido por el ejército alemán. Sólo el Ejército Rojo continuó avanzando hasta convertirse en el verdadero artífice del aplastamiento del Tercer Reich y no las tropas aliadas como ha querido hacer ver la propaganda angloestadounidense durante décadas. Baste indicar que las peores pérdidas en vidas humanas y material de guerra de los alemanes tuvieron lugar en el frente oriental, señal inequívoca de la dura resistencia y después contraataque que llevo a cabo el ejército soviético y también de la prioridad que los jefes nazis concedieron a la campaña rusa, lo que les llevó a concentrar aquí grandes contingentes de soldados y miles de blindados, aviones y piezas de artillería, el armamento más moderno y los mejores generales y oficiales⁸.

En cualquier caso, el hermanamiento entre las crisis más profundas, el capitalismo en decadencia y la guerra representa un riesgo de fondo que jamás se debe menospreciar. El mercado no es, como señala Slavoj Žižek (2011), un mecanismo benigno que funciona mejor cuando se le abandona a sus propios recursos, sino que requiere una buena cantidad de violencia externa para establecer y mantener las condiciones de su funcionamiento⁹. Sin embargo, con este caldo de cultivo, llega un momento en que la depresión económica es tan grave, el sistema capitalista se encuentra tan arrinconado, la competencia por los mercados resulta tan enconada y la contestación social se agudiza tanto que la burguesía internacional no ve otra salida que la destrucción total para renovar el sistema y seguir manteniendo sus tasas de ganancias y sus privilegios de clase. ¿No decía el anarquista y filósofo político ruso Mijaíl Bakunin que la destrucción también es creación?

2. La crisis financiera actual y la nueva ofensiva neoliberal

La izquierda ha sido incapaz de responder de manera efectiva a la crisis financiera actual, y más en general al rechazo del Estado hacia la iniciativa pública y a la puesta en marcha de políticas a favor del mercado durante las tres últimas décadas. A la socialdemocracia europea le pasa algo similar a lo que ocurre con el capitalismo, que no puede actuar de otro modo y sus políticas y objetivos resultan inmanentes con su ideología. Es el caso del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), al que por lo menos le sobran dos letras en sus siglas, la de “socialista” y la de “obrero”, a la luz de las políticas que ha desarrollado

⁸ CABALLERO, 1995, p. 26.

⁹ ŽIZEK, 2011, p. 92.

siempre que ha estado en el poder. Es cierto que el PSOE manifiesta una sensibilidad social mayor (aborto, matrimonios homosexuales, adopción de niños por parte de estas parejas del mismo sexo, etc.) que el conservador Partido Popular, actualmente en el gobierno con mayoría absoluta, pero en la cuestión económica no hay grandes diferencias entre ellos, pues defienden los mismos modelos e infligen los mismos daños a la clase trabajadora. Sólo hay que recordar que fue con el gobierno socialista de Felipe González Márquez (1982-1996) cuando se confirmó, mediante un controvertido referendo, la permanencia de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte-OTAN (1986), tuvieron lugar las primeras privatizaciones de empresas públicas, se extendió la especulación financiera y urbanística, creció la corrupción política, se practicó el terrorismo de Estado e incluso en ningún momento se cuestionó el Concordato firmado en 1979 por el gobierno de Adolfo Suárez (Unión de Centro Democrático-UCD) con el Vaticano, que sustituía al signado por el dictador Francisco Franco en 1953 y que tantos privilegios ha representado para la iglesia católica, pese a que la Constitución de 1978 diseñó un modelo de Estado laico y aconfesional.

En cualquier caso, la derecha no engaña a nadie, se comporta y gobierna conforme a su ideología, todo el mundo asume su desprecio por las clases trabajadoras y las ventajas concedidas al capital y a las oligarquías. Sin embargo, la supuesta izquierda utiliza un discurso social para conseguir los apoyos electorales que le permitan gobernar y después actúa conforme a los dictámenes de los mercados y al servicio de los que detentan el poder económico-financiero del país y de la UE. Con mayor o menor coincidencia, esto es algo común a la mayoría de los partidos socialdemócratas europeos. Sólo hay que recordar las políticas ejecutadas por el socialista François Mitterrand en Francia tras unos inicios esperanzadores, la contrarrevolución económica, que cambió para mal el mercado de trabajo alemán, llevada a cabo por el socialdemócrata Gerhard Schröder o la famosa “tercera vía” del laborista Tony Blair en Gran Bretaña, que en teoría intentaba construir un pensamiento progresista que fuera compatible con la desregulación financiera y con la globalización en un marco neoliberal. Ya se sabe en la práctica en qué quedó ese intento vacuo de abrir una “tercera vía”... En el mismo orden de cosas, en breve se verá de lo que es capaz François Hollande, recientemente elegido presidente de la República en Francia, aunque de momento, su moderado programa de corte socialdemócrata se orienta hacia la senda del crecimiento, pero sin olvidar el rigor presupuestario y la salvación del euro, algo así como la cuadratura del círculo...

En palabras de Julio Anguita (2011), la posición ante la derecha y la izquierda basada en una emotividad pasada o en reminiscencias antiguas no deja de ser un engaño, una



alteración falaz de la realidad¹⁰. La derecha es derecha según unos valores, unas acciones y unos intereses de clase que desarrolla, defiende e impulsa, mientras que la izquierda representa la negación de esos valores, acciones e intereses. Si se observan las políticas que en la actualidad se ejecutan en Europa, Estados Unidos o América Latina, la diferencia entre derecha e izquierda es puramente semántica en numerosas ocasiones, aunque las controversias se hagan un ápice más visibles en los periodos electorales, cuando se intensifica la competencia y se incurre en un mercadeo flagrante en pos de los votos de los ciudadanos.

Pese a la manifiesta complicidad de la socialdemocracia europea con la burguesía, el gran capital y los mercados financieros, todavía existen autores¹¹ que intentan recuperar el éxito que la socialdemocracia (y la democracia cristiana también) tuvo en la construcción europea para superar la crisis actual y el nefasto papel representado por los neoliberales y la derecha ultraconservadora desde hace treinta años, pues socialdemócratas y democristianos siguen manteniendo intactos, según estos autores, los principios y valores de aquellos años postbélicos en los que comenzó el proyecto europeo. Es cierto que en las primeras décadas de andadura de las Comunidades Europeas se consiguió acortar la brecha entre ricos y pobres, la riqueza se redistribuía con eficacia, los gobiernos no hacían dejación de sus funciones e implantaron un sistema bastante igualitario y, en definitiva, se instauró lo que en todo el mundo se conoció como un Estado del Bienestar. Sin embargo, aparte de la lucha secular del movimiento obrero para conseguir mejores condiciones de vida y trabajo, no es menos cierto que se ignora con demasiada frecuencia que la burguesía no otorga nada por propia iniciativa y que sus concesiones no fueron más que el resultado del pánico ante la existencia de la Unión Soviética y el avance comunista por todo el mundo tras la Segunda Guerra Mundial (Europa Oriental, Corea, China). Por lo tanto, se puede decir que tanto el Estado del Bienestar como la propia creación de la UE se debieron a la toma de una posición defensiva por parte del capital y la burguesía frente a cualquier veleidad revolucionaria por parte de los desposeídos.

Los cambios que pueden dar lugar a verdaderas democracias o a una mejor distribución de la riqueza, por no hablar de modificar la propiedad de los medios de producción, no se producen porque los que los idean y ejecutan son los mismos responsables del problema. Por ejemplo, es absurdo que se les pida a los parlamentos de la mayoría de los países europeos que encuentren y pongan en marcha los medios para recuperar su significado o que las formaciones políticas más representativas y votadas de cada país modifiquen las leyes electorales para evitar el bipartidismo y conceder una representación parlamentaria más

¹⁰ ANGUITA, 2011, p. 171.

¹¹ JUDT, 2012; MOSCOSO, 2012.

justa y equilibrada a los grupos minoritarios, como sucede en el caso concreto de España y la sesgada e injusta ley d'Hondt.

La actual situación económico-financiera no es una crisis, sino una estafa. La prueba más clara es que las empresas del Ibex-35, las que cotizan en el mercado de valores, ganaron, en plena crisis en 2010, un 21,5% más que el año anterior. ¿Quién está en crisis entonces? Si las principales empresas de España tienen esos beneficios, no hay crisis como dicen. Pero si no hay crisis y recortan los derechos laborales y sociales, entonces no es una crisis sino una estafa¹². Incluso Stéphane Hessel (2011) no entiende que se diga que el Estado no puede afrontar los gastos sociales y que no hay dinero para mantener y prolongar las conquistas sociales (mucha gente dio literalmente su vida para lograr ciertos derechos laborales y sociales) cuando la producción de riqueza ha aumentado considerablemente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, momento en el que Europa estaba en la ruina¹³.

Cuando existen diferencias políticas significativas entre los principales partidos políticos, éstas se presentan como versiones de un solo objetivo. Se ha convertido en un lugar común afirmar que todos queremos lo mismo y que lo único que varía un poco es la forma de conseguirlo. Esto es simplemente falso. Los ricos no quieren lo mismo que los pobres. Los que se ganan la vida con su trabajo no quieren lo mismo que los que viven de dividendos e inversiones. Los que no necesitan servicios públicos (porque pueden comprar transporte, educación y protección privados) no quieren lo mismo que los que dependen exclusivamente del sector público. Los que se benefician de la guerra (gracias a los contratos de defensa o por motivos ideológicos) tienen objetivos distintos de los que se oponen a la misma. Las sociedades son complejas y albergan intereses conflictivos. Afirmar otra cosa (negar las diferencias de clase, riqueza o influencia) no es más que favorecer unos intereses por encima de otros. Esto solía ser evidente; hoy se nos dice que son soflamas debidas al odio de clase y se nos insta a que lo ignoremos. De forma parecida, se nos anima a perseguir el interés económico y excluir todo lo demás, y, de hecho, hay muchos que tienen algo que ganar con ello¹⁴.

Este mismo autor¹⁵ se plantea qué hacer para conseguir una efectiva y verdadera democracia, acortar la creciente brecha que separa a los ricos de los pobres, recuperar el prestigio del Estado y la intervención del mismo en la economía y las inversiones públicas e incluso anteponer las decisiones políticas al imperio antidemocrático de los mercados. Pero,

¹² TOLEDO, 2011, p. 96.

¹³ HESSEL, 2011, p. 25.

¹⁴ JUDT, 2012, p. 161-162.

¹⁵ JUDT, 2012, p. 151 y ss.



igual que Keynes en su momento, las medidas que propone este autor van encaminadas a salvar el capitalismo de su decadencia progresiva aplicando el clásico principio lampedusiano de que es necesario que todo cambie para que todo permanezca. Por mucho que se modifique, se le dote de un “rostro humano” o se le denomine con términos eufemísticos (capitalismo social, economía social de mercado, etc.), el capitalismo siempre será capitalismo y tendrá sus propias limitaciones. Este modo de producción, cuyo objetivo inmanente es la acumulación y reproducción del capital, no puede renunciar a la explotación de la mano de obra, a la depredación de los recursos naturales, al saqueo de los países dependientes y a la propiedad de los medios de producción. Es más, dadas sus condiciones y características es claramente incompatible con la vida, con los derechos humanos y con la democracia. No se debe olvidar que la denominada cultura capitalista, derivada en realidad de su modo de producción, exalta el valor del individuo frente al colectivo, garantiza la apropiación privada de la riqueza conseguida con el trabajo de todos, intenta maximizar las ganancias con la mínima inversión posible, coloca como piedra angular de su dinámico comportamiento la competencia de todos contra todos, procura transformar todo en mercancía para tener siempre beneficios, se basa en la creación constante de necesidades artificiales e instaura el mercado (mundializado, en la actualidad) como el principal mecanismo que articula la totalidad de los procesos de producción, competencia, distribución y consumo.

Debería resultar ocioso recordar que en la inmensa mayoría de los países del mundo se vive y trabaja bajo un sistema capitalista, evidencia que suele olvidarse con demasiada frecuencia, bien por ignorancia bien por cinismo, en la vida pública y en los estudios científicos. La lógica y la esencia del modo de producción capitalista es la acumulación de capital con el fin de acumular más capital, lo que deviene, si se piensa con un poco de calma, en un sistema poco "natural", pese a lo que defienden sus apologetas, y más bien absurdo, como lo ha calificado I. Wallerstein (1988). En este proceso de acumulación y reproducción capitalista, que en el fondo busca la perpetuación de la estructura social vigente, hay algunos individuos que viven con comodidad, mientras que otros se encuentran en la más absoluta miseria, o dicho de otra manera, para que a unos pocos les desborde la abundancia es necesario que existan legiones de desposeídos.

El fin de la guerra fría no sólo no atemperó los clásicos desequilibrios consustanciales al capitalismo histórico, sino que además supuso un decisivo impulso para la progresiva liberalización del comercio mundial y para una globalización económica que ya venía gestándose desde varios decenios atrás. La ausencia del contrapeso soviético y la desaparición

de la política de bloques motiva que el capitalismo conceda rienda suelta a su lógica inmanente porque ya no tiene que demostrar a nadie una falsa voluntad de reparto ni una supuesta superioridad frente a los sistemas socialistas, y puede así abandonar sin peligro su cara amable (socialdemocracia y Estado del Bienestar).

Todo esto induce a pensar que la guerra fría y la confrontación este-oeste sirvió en realidad para ocultar o enmascarar una lucha mucho más antigua entre el norte y el sur o entre ricos y pobres, así como para justificar agresiones imperialistas en aquellos países subdesarrollados donde se pusieran en entredicho los intereses y privilegios de ciertas elites y centros de poder¹⁶. En esos momentos no faltaban opiniones ingenuas sobre lo absurda e ilógica que resultaba la propuesta de aumentar los gastos de defensa por parte W. Clinton, a la sazón presidente de Estados Unidos, y la frenética actividad del *lobby* militar estadounidense, justo en el momento en el que el final de la guerra fría debía propiciar la disminución de la presencia del ejército estadounidense en el mundo.

Lógicamente, en el mundo industrializado los mecanismos de intervención son más sutiles. En este sentido, la globalización debe entenderse como una nueva estrategia, al servicio de un viejo ideario, para que el capitalismo mundial continúe obteniendo beneficios de amplios territorios mediante la acción de las grandes corporaciones transnacionales, que pretenden mantener o aumentar sus tasas de ganancias. Son precisamente las grandes empresas transnacionales quienes más se benefician de la mundialización de la economía, ya que desde comienzos de la década de los años ochenta del siglo XX experimentaron una expansión ininterrumpida que les ha permitido dominar incluso a los propios Estados mediante diversos organismos, como por ejemplo la Organización Mundial del Comercio (OMC), sucesora del Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras y Comercio (GATT) desde 1995, que actúa como auténtico ariete del neoliberalismo para implantar una liberalización cada vez mayor en los intercambios comerciales. Hasta la Política Agrícola Común (PAC) de la UE está pensada y diseñada para el beneficio exclusivo de las empresas transnacionales del sector agroalimentario europeo¹⁷.

Según B. J. Cohen (1996), tanto la facilidad de acceso de los capitales extranjeros como la apertura comercial no representa ninguna innovación, sino más bien una resurrección de las tesis más liberales. Para ello, estos organismos se centran en el progresivo desmantelamiento de los monopolios estatales, la eliminación de aranceles y otras medidas proteccionistas, la persecución de las ayudas a la exportación, el fomento de las

¹⁶ DMITRIEV, 1987.

¹⁷ SEGRELLES, 2012.



privatizaciones, el adelgazamiento del sector público, entre otros objetivos. La OMC dicta las normas por las que deben regirse los intercambios de bienes y servicios en el mundo, incluso puede declarar contrarias a la libertad comercial las leyes que un Estado promulgue sobre derecho laboral, ambiental, cultural o de asistencia sanitaria pública. A este respecto es muy significativo el trabajo de A. P. D'Costa (1995) sobre la decisiva influencia que las corporaciones transnacionales ejercen sobre las legislaciones estatales.

Es más, el combate ideológico comunismo-capitalismo ha sido sustituido, en el seno del propio sistema capitalista, por una guerra comercial entre ricos (Estados Unidos, Unión Europea y Japón) que pugnan por las fuentes de aprovisionamiento de materias primas y mano de obra baratas y sobre todo por los mercados consumidores. Según J. Estefanía (1996), es la creciente apertura económica en el mundo y el aumento de los intercambios de bienes y servicios, junto con la liberalización de los mercados de capitales y la revolución de la telemática, lo que provoca la globalización, es decir, el proceso por el que las economías nacionales se integran de modo progresivo en una economía internacional cada vez más dependiente de los flujos financieros (economía especulativa) que de los factores de producción clásicos (economía productiva). Ello se debe a que la economía se está desmaterializando a pasos agigantados, pues hoy en día el poder reside menos en la propiedad material (tierras, fábricas, máquinas, recursos naturales) y más en el control de factores inmateriales, como la investigación científica, la alta tecnología, la publicidad, las finanzas o los medios de comunicación de masas¹⁸.

Este marco económico global no sólo tiene perversas consecuencias políticas, socioeconómicas y financieras sobre la mayoría de los países al perder elevadas cotas de soberanía y proliferar en ellos la pobreza, sino también geoestratégicas y espaciales¹⁹, ya que continentes enteros, como África, quedan totalmente al margen del nuevo orden, mientras que otras zonas del globo, como América Latina, intentan con denuedo y grandes esfuerzos lograr una inserción adecuada en el comercio y la economía mundiales, aunque lo cierto es que su papel, tanto en el capitalismo histórico como en su faceta globalizada, se reduce a ser meros espectadores dependientes. Como señala A. G. Frank (1993), los países en desarrollo deben permanecer en el lugar que desde hace siglos les fue asignado por los centros de poder capitalistas. Por lo tanto, en la actualidad se sigue cumpliendo de modo puntual la teoría de la dependencia o del intercambio desigual (centro-periferia), aunque muchos de sus antiguos defensores, como el geógrafo uruguayo Germán Wettstein, el escritor hispano-peruano Mario

¹⁸ TOFFLER, 1992.

¹⁹ SANTOS, 1995.

Vargas Llosa o el sociólogo y ex presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso, renegaran de su pasado para convertirse en paladines de la causa neoliberal.

I. Wallerstein (1988) indica que el intercambio desigual y la transnacionalización de las mercancías son prácticas antiguas que caracterizan tanto al capitalismo del siglo XVI como al del siglo XX, y con total seguridad también al de la presente centuria, es decir, nada nuevo bajo el sol; únicamente cambia la intensidad del fenómeno, las estrategias y métodos seguidos o las posibilidades tecnológicas, pero no la esencia del proceso y dinámica capitalistas. A veces, la modificación sólo estriba en una mera cuestión semántica, pues si en vez de la eufemística *globalización* se utiliza el término *imperialismo* y se releen los proféticos textos de V. I. Lenin escritos a comienzos del siglo XX, se puede comprobar que el meollo de la cuestión no ha cambiado. Baste observar las actuales guerras comerciales entre países ricos, las sistemáticas exportaciones de capitales en el mundo, el aumento de la pobreza en los países subdesarrollados y desarrollados, la creciente polarización de la economía planetaria, la tendencia hacia la creación de monopolios que recuerdan los de principios de siglo o las recientes fusiones y absorciones de grandes firmas transnacionales. El imperialismo colonialista, que somete unos países a otros, ya no es el de las cañoneras, aunque llegado el caso no se descartaría de antemano su utilización por parte de la burguesía internacional. No obstante, el imperialismo clásico sido sustituido, aunque el objetivo sea el mismo, por un sistema financiero más refinado que funciona mediante los terminales informáticos de la Bolsa, de las empresas transnacionales y de los organismos monetario-financieros internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) o el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

En cualquier caso, en la profunda crisis actual hay una novedad importante porque los más afectados ya no son los países empobrecidos, que en tiempos pasados padecieron situaciones críticas gravísimas que los dejaron postrados (Argentina, Brasil, Indonesia, México, Rusia), sino que ahora se trata de las economías más desarrolladas del mundo, fundamentalmente Japón y la UE. Por su parte, Estados Unidos sobrevive, mal que bien, gracias a la especulación. La combinación de un dólar débil y un ejército poderoso e imperialista constituye una fórmula perfecta para seguir emitiendo moneda y garantizar su circulación²⁰.

²⁰ DACHARY, 2012.



2.1. ¿Capitalismo y desarrollo sostenible?

Con el denominado *desarrollo sostenible* sucede algo similar a lo que ocurre con las limitaciones del sistema capitalista, ya que se ha convertido en un concepto polivalente que se recita como una especie de *mantra* por parte de todo tipo de agentes económicos, sociales, políticos, culturales y ambientales, incluso por aquellos que más contribuyen con sus acciones, estrategias o políticas al deterioro ambiental, a la destrucción de los ecosistemas y a la pobreza de los pueblos. Desde la elaboración del célebre Informe Brundtland (1987) y su difusión en la Cumbre de la Tierra (Rio de Janeiro, 1992) se repite y casi todo el mundo asume que la ecología es un valor fundamental para la vida humana y que el desarrollo sostenible consiste en poner en marcha tres tipos de solidaridad de forma simultánea: dentro de la propia comunidad, con el resto de los habitantes del mundo y con las generaciones venideras. Este barniz solidario hace que los conceptos de ecología y desarrollo sostenible resulten atractivos para los medios de comunicación y para el conjunto de la sociedad, pues albergan ideas aceptables para todos²¹.

Dichas nociones se han magnificado de forma interesada al mismo tiempo que se integran en la engrasada maquinaria de la mercadotecnia y la publicidad. Por lo tanto, se convierte en algo de buen tono, propio de ciudadanos comprometidos y progresistas, hablar de ecología, desarrollo sostenible, desarrollo rural integrado, desarrollo local endógeno, crecimiento sustentable, ecoturismo o recursos ambientales en cuanto surge la mínima ocasión, sin pensar que estos conceptos encierran en sí mismos una contradicción insalvable con la esencia inmanente del modo de producción capitalista, pues éste genera antagonismos que lo hacen insostenible hasta el punto de tener suficiente poder ideológico, cultural, técnico y económico-político como para destruir el planeta.

Tanto como modo de producción como por lo que respecta a su dimensión cultural, el capitalismo hace inviable la ecología social y la ecología ambiental. Así, Leonardo Boff (1997, 2000, 2006), teólogo de la liberación brasileño, se plantea una dicotomía diáfana: o triunfa el capitalismo al ocupar todos los espacios físicos y mentales, tal como pretende, o triunfa la ecología. Si triunfa el capitalismo, acaba con la ecología y pone en riesgo el sistema-Tierra, aunque si gana la ecología, entonces destruye al capitalismo o lo somete a unas transformaciones que ya no permiten reconocerlo como tal. Los graves problemas sociales y ambientales de la actualidad no son inocentes ni naturales, pues aparecen como el resultado lógico de un tipo de desarrollo que no mide las consecuencias de sus actos sobre la

²¹ SEGRELLES, 2008.

naturaleza y sobre las relaciones sociales. En cualquier caso, no hay posibilidad de acuerdo, conciliación o convivencia armónica entre el capitalismo y la sostenibilidad. El principio de *cuanto más mejor*, que subyace en las prácticas de acumulación de la economía de mercado, se manifiesta no sólo inviable en un sistema ecológico limitado, sino también desajustado, miope y torpe.

Dado que el capitalismo no puede renunciar a la explotación de la mano de obra ni al saqueo de los recursos naturales, si llegara a adaptarse y asumir el discurso ambiental y ecológico se debería a tres razones fundamentales: para espiritualizarlo y, de este modo, vaciarlo de contenido y de toda reivindicación realmente sostenible, para obtener ganancias o para imposibilitarlo y, por consiguiente, destruirlo por incómodo y peligroso para su fines de acumulación. Lo mismo cabe indicar cuando el capitalismo se acomoda y asume el discurso social y democrático.

De ahí las falacias que se dicen y difunden sobre el supuesto desarrollo sostenible y el manifiesto antagonismo existente entre los conceptos de *mercado* y *sustentabilidad*. Además, ¿cómo se erradica la pobreza, se limita el desaforado consumo de los países ricos, se evita la destrucción de los ecosistemas o se piensa en el bienestar de las generaciones venideras en el seno de un modo de producción que no tiene y no puede tener límites, que ve con horror cualquier tipo de regulación, sobre todo del consumo, y que sacraliza la omnipresencia del mercado competitivo?

3. La falacia de la construcción europea y el capitalismo financiero alemán

Siempre se ha dicho que la UE era un gigante económico y un enano político, afirmación que en su mismo enunciado ya denota bien a las claras cuáles fueron los objetivos primordiales que alentaron su fundación. Aunque con el paso del tiempo los países miembros han tenido que renunciar a algunas cuotas de soberanía nacional, todavía está lejos el día en que pudiera ser posible una verdadera integración política que fuera más allá de la mera construcción de un mercado libre y ampliado. Incluso la creación de una moneda única, el euro, se relaciona más con las necesidades y deseos de los agentes del capital financiero alemán que con un avance político integrador. A fin de cuentas, la actual prosperidad de Alemania se debe en gran medida a la unión monetaria. El euro ha proporcionado a los exportadores germanos un tipo de cambio mucho más competitivo que el viejo marco.



El proyecto de construcción europea también tiene mucho que ver con la Segunda Guerra Mundial, la etapa postbélica y la disuasión para que Alemania no volviera a recurrir a la fuerza para imponer sus criterios y evitar así la lucha por los recursos naturales y los mercados entre las burguesías del Viejo Continente. Es por eso que el embrión de la futura Comunidad Económica Europea radica en la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero o CECA en 1951, entidad supranacional que regulaba estos sectores en los países miembros.

Sin embargo, el motivo principal para que culminara este proyecto europeo de integración fue la adopción de una defensa común frente a la Unión Soviética, vista como una amenaza por parte de la burguesía europea y mundial debido a la expansión de la revolución socialista por todo el planeta. Incluso el Plan Marshall, ejecutado por Estados Unidos para llevar a cabo la reconstrucción del continente europeo tras el conflicto bélico, también se debe tomar como una herramienta al servicio del anticomunismo. Resulta difícil de aceptar el denominado “milagro alemán”, por muy laborioso y sacrificado que fuera el pueblo germano, sin esa masiva ayuda exterior, sobre todo si se tiene en consideración que el país fue devastado por la guerra. No obstante, dicha afirmación merece un matiz aclaratorio, pues si bien es cierto que la aviación aliada realizó sin piedad bombardeos estratégicos sobre numerosos núcleos urbanos alemanes (Dresde, Hamburgo, Essen, Bremen, Dortmund, Colonia) y destruyó vidas, viviendas, infraestructuras e industrias, hubo algunas instalaciones fabriles, como las del conglomerado IG Farben, que resultaron intactas. Este hecho llamó incluso la atención del mariscal soviético Gueorgui Zhukov (1991) cuando puso de manifiesto que el cuartel general de las tropas aliadas, al mando del general estadounidense Dwight D. Eisenhower, se ubicaba en un edificio de esta compañía en Francfort del Meno. Este hecho sólo puede significar dos cosas: o que los socios capitalistas de IG Farben también eran de nacionalidad estadounidense y británica y protegían sus intereses o que pretendían preservar las empresas más dinámicas y estratégicas alemanas de la destrucción generalizada para apropiarse de ellas una vez finalizada la contienda. En cualquier caso, se demuestra una vez más la hipocresía reinante, el entendimiento habido entre las diferentes burguesías nacionales y el implacable sufrimiento de la población civil y de las clases trabajadoras.

Por medio del Plan Marshall, Estados Unidos contribuyó a la construcción europea sin temer la posible competencia de la nueva entidad supranacional. En el contexto de la guerra fría, y después de sopesar ventajas e inconvenientes, era evidente que valía la pena un mínimo riesgo si eso servía como ariete económico, político y de propaganda frente a la Unión

Soviética, foco de todas las preocupaciones incluso antes de concluir la Segunda Guerra Mundial. Es bien sabido que Winston Churchill llegó a acariciar la idea de que el desembarco aliado en Europa se produjera en la península helénica y no en las playas de Normandía, con el objeto de que las tropas anglonorteamericanas se desplazaran hacia el norte y se interpusieran entre el victorioso Ejército Rojo y el territorio alemán. Aun en plena contienda, le intranquilizaba más el comunismo que el nazismo y Hitler.

Por otro lado, la ayuda de Estados Unidos a las burguesías europeas para reconstruir sus economías se basaba, asimismo, en la idea de contar en los países de Europa con un excelente campo para sus inversiones, de forma que su influencia financiera quedara asegurada por el enorme peso de sus capitales. Además, el control también se garantizaba al crear la OTAN y poner bajo su mando lo que quedaba de los ejércitos europeos occidentales.

Estas vicisitudes en el proceso de creación y desarrollo de la UE han beneficiado ante todo a Alemania porque desde el principio ha sido la principal potencia económica y exportadora de la región que consiguió grandes ventajas con el funcionamiento de un mercado europeo único. Esta situación se vio impulsada con su reunificación y con la desaparición de la Unión Soviética, ya que los antiguos países de la órbita socialista se convirtieron muy pronto en un apetecible mercado y en una significativa fuente de recursos humanos y materiales para la burguesía germana.

A este respecto, vale la pena tener en cuenta el siguiente razonamiento de Julio Anguita (2011), antiguo secretario general del Partido Comunista de España (PCE) y ex coordinador de la coalición Izquierda Unida (IU), quien sostiene que, aparte de la negativa del gobierno serbio a doblegarse ante el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la integración en la OTAN y la voluntad de Estados Unidos de imponer su liderazgo en Europa por medio de la Alianza Atlántica, entre las causas últimas de la desmembración de Yugoslavia y la guerra de los Balcanes ocupan un lugar primordial las apetencias geopolíticas, estratégicas y económico-financieras alemanas, pues desde 1979 la República Federal de Alemania apoyó al racista Franjo Tudjman para conseguir la secesión de Croacia de la República Federativa de Yugoslavia y en 1991, sin consultar con los demás miembros de la UE, impulsa la escisión de Croacia y Eslovenia²². Se trata de una cuestión sobre la que los historiadores tienen todavía mucho que decir, pues no se ha estudiado con demasiado interés, y donde la opinión pública ha sido más desinformada y manipulada. Lo mismo cabe indicar del papel representado por el Vaticano en el conflicto que dio lugar a la desintegración de Yugoslavia, o mejor al contrario,

²² ANGUITA, 2011, p. 230 y ss.

la destrucción de un país federal que desembocó en una guerra devastadora. No hay que olvidar al respecto que la población croata es mayoritariamente católica y que los nazis tuvieron en los *ustachi* croatas de Ante Pavelic a unos leales y agresivos aliados. Conviene recordar al respecto que en junio de 1941 la Unión Soviética no sólo fue atacada e invadida por las tropas alemanas, sino que también tuvieron un papel primordial los ejércitos filonazis de Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia, Croacia, Finlandia, Italia, Letonia, Estonia, Lituania e incluso los belgas de Leon Degrelle, los franceses de Jacques Deriot y los españoles de la denominada División Azul, formada por voluntarios anticomunistas animados por el general Francisco Franco y su cuñado Ramón Serrano Suñer, a la sazón Ministro de Asuntos Exteriores de España. Serrano Suñer fue el que pronunció el 24 de junio de 1941 aquel famoso discurso donde dijo que “Rusia es culpable”. Tres días después se constituyó la División Azul.

Unos pasos importantes en el proceso de construir una Europa al servicio del capital imperialista y de los intereses de la burguesía, y donde los pueblos y las clases trabajadoras ven continuamente deterioradas sus condiciones laborales y de vida, se dieron con el Tratado de la Unión Europea o Tratado de Maastricht, por ser firmado en esta ciudad holandesa en 1992, y con la adopción oficial de una moneda común, el euro, en 1995, aunque se introdujo en 1999 en los mercados financieros mundiales como una moneda de cuenta que reemplazaba a la antigua Unidad Monetaria de Cuenta (ECU) en una proporción de 1:1 y entró en circulación por medio de la acuñación de monedas y billetes en 2002. Sólo pertenecen a la eurozona 17 de los 27 países miembros de la UE.

El Tratado de Maastricht y los denominados criterios de convergencia (déficit presupuestario nunca superior al 3% del Producto Interior Bruto-PIB, deuda pública con un límite máximo del 60% del PIB y tasa de inflación que no podía superar en más de un 1,5% la media de los tres países miembros con menos inflación), no son más que un gigantesco acto de planificación burocrática en el que como hecho incuestionable y vertebrador de la UE aparece el déficit como un mandato constitucional. En agosto de 2011, el gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero, con el apoyo entusiasta del PP, reformó la Constitución española, sin debate público y con muchas prisas, para constreñir el gasto del Estado y establecer un límite máximo para el déficit público, medida que se encuentra en consonancia con la propuesta a nivel europeo por parte de la canciller alemana Angela Merkel previo acuerdo con el ex presidente francés Nicolás Sarkozy. Por lo tanto, la “estabilidad presupuestaria” de España queda fijada por mandato constitucional.

Además, dicho Tratado sacraliza la competitividad, estimula los beneficios del capital y el abaratamiento de los salarios, es poco europeísta y modernizador, resulta conservador en lo referente a la cohesión socioeconómica y apenas alienta la participación de los pueblos en este proceso de construcción europea. Por supuesto, los más perjudicados por las nuevas políticas son una vez más los países periféricos, como España, Grecia, Italia, Irlanda y Portugal. Por su parte, la adopción del euro implica que el tipo de cambio es único e inamovible, es decir, cualquier ajuste económico repercute casi en exclusiva en la pérdida de puestos de trabajo, como sostiene Julio Anguita (2011), autor que ante esta situación se cuestionaba en su momento si verdaderamente se estaba construyendo Europa, pues lo que se erigía era algo así como el monstruo de Frankenstein, que ya se está revolviendo contra sus creadores²³.

Siguiendo a Julio Anguita (2011), no puede haber una construcción europea sin una construcción política ni sin una política exterior y de seguridad común estrictamente europea, ya que la OTAN y la construcción europea son incompatibles²⁴. Al mismo tiempo, tampoco hay construcción europea si no existe una auténtica unión económica, hecho que pasa por tres requisitos elementales:

- Un presupuesto europeo a la altura de las necesidades: desempleo, desequilibrios territoriales y sociales, pobreza, marginación, explotación. La prioridad debería estar en la creación de empleo y en la adopción de un compromiso social.
- Una Hacienda europea que sirva para organizar la convergencia de las economías, pues al BCE le es indiferente el problema del empleo, sólo le preocupa su misión de salvaguardar la estabilidad monetaria.
- Una política fiscal común.

Cuando sobreviene la crisis financiera y de la deuda de 2007, Alemania se apresta para utilizarla en su beneficio imponiendo a los demás países miembros medidas encaminadas hacia el sometimiento de los socios periféricos más débiles y el recorte de los derechos laborales, derechos que tardaron siglos en conseguirse y que supuso que muchos combatientes entregaran literalmente la vida en aras de unas mejoras de las condiciones de vida de las clases trabajadoras. De ahí que se bajen los salarios, se retrase la edad de la jubilación, se

²³ ANGUIA, 2011, p. 108 y ss.

²⁴ ANGUIA, 2011, p. 112.



amplíe la jornada laboral, se reduzcan los periodos de vacaciones, se destruyan empleos públicos y privados y se extiendan los trabajos precarios y mal pagados (*minijobs*), es decir, comienza la demolición sistemática del Estado del Bienestar para hacer una Europa a imagen y semejanza del capitalismo financiero alemán y convertirla en una ampliada y competitiva plataforma orientada a los mercados exteriores y capaz de competir con las principales potencias exportadoras.

En definitiva, la crisis actual ha dejado una vez más al descubierto que la construcción europea es una falacia desde sus orígenes. Comenzó su andadura como una defensa contra la Unión Soviética y como elemento para la integración de Alemania en un bloque de países más amplio y evitar, así, otras guerras en el futuro. Por otro lado, tanto su desarrollo como los diferentes pasos dados para fortalecer la unión y profundizar la integración de los países miembros siempre han estado al servicio de la burguesía y el capital financiero germano.

Joschka Fischer (2012), ministro de Asuntos Exteriores y vicescanciller de Alemania de 1998 a 2005 y dirigente del Partido Verde, apoya la opinión del primer ministro británico, David Cameron, cuando afirma que ante la grave situación de Europa, la única forma de detener la desintegración del euro es una mayor integración política. Dice este autor que la austeridad económica impuesta por Alemania encierra un gran peligro, pues en sólo tres años la crisis financiera ha llegado a convertirse en una crisis existencial europea. Si se desintegra el euro, ocurrirá lo mismo con la UE, lo que desencadenará una crisis económica mundial. Asimismo, se pregunta si los alemanes, que han sido quienes más se han beneficiado de la integración europea, están dispuestos a pagar el precio que esto entraña o preferirían dejarla fracasar. Alemania se destruyó a sí misma y el orden europeo en dos ocasiones en el siglo XX y después convenció a Estados Unidos y al resto de países europeos de que había sacado las conclusiones oportunas de estos hechos. Sólo de este modo, reflejado en su aceptación del proyecto europeo, obtuvo la anuencia para su reunificación. Sería a un tiempo trágico e irónico que una Alemania restaurada por medios pacíficos provocara ahora la ruina del orden europeo por tercera vez. A la luz de los hechos, es lícito pensar que lo que no consiguieron las *panzerdivision* en la Segunda Guerra Mundial, se logró después con el marco, luego con el euro y, por fin, con la imposición de una política de austeridad a ultranza que sólo conduce a la depresión cuando se aplica en un contexto de crisis financiera grave. Si estas políticas de miope austeridad a ultranza y los consecuentes recortes del gasto social no bastan para sanear las enfermas finanzas de los países deudores y es preciso, entonces, proceder al “rescate” de sus economías, lo que se produce de hecho es la ocupación del país en cuestión por parte de

sus acreedores en una suerte de ocupación de características y consecuencias muy similares a las que se podrían dar en el caso de una derrota militar de la nación deudora y la obligación de satisfacer reparaciones de guerra a la potencia ocupante. Esto es lo que ha sucedido ni más ni menos en el caso de Grecia y la banca alemana acreedora. Así, se puede afirmar que la austeridad impuesta y la obligación de mantener el déficit fiscal por debajo de un porcentaje estipulado por el gobierno germano, el BCE, el FMI, la Comisión Europea y la connivente burguesía griega, así como la contracción del gasto social, es la continuación de la guerra por otros medios...

En el momento de redactar estas reflexiones, el gobierno de España solicitó y se le concedió por parte de la UE una importante ayuda para rescatar a la banca y tapar así el enorme agujero financiero generado por esa burbuja inmobiliaria que con tanta generosidad financió. A día de hoy, las consecuencias y secuelas de este rescate son imprevisibles.

A modo de conclusión

La actual crisis en la que se encuentra sumida Europa, primero financiera y después de la deuda, no ha hecho más que servir de excusa para aplicar unos planes de ajuste que no se diferencian en nada de los que de forma tradicional ha impuesto el FMI y que tanto han sufrido los países empobrecidos. Ahora le ha tocado el turno a la Europa desarrollada, donde el capital y la burguesía internacionales han visto la oportunidad de profundizar las medidas que con cierto tiento ya venían aplicándose desde tiempo atrás. Todo consiste en preparar el terreno legislativo e institucional para que el capital campe a sus anchas y la economía de mercado sea irreversible. Para ello es necesario eliminar cualquier conquista económica, laboral y sindical de los trabajadores (despidos masivos, reducción de los salarios, empleos precarios, retraso en la edad de la jubilación, pensiones más bajas, encarecimiento y recorte de la sanidad y la educación públicas, aumento de los desahucios al no poder satisfacer el pago de las hipotecas a los bancos, aumento de las personas sin hogar, incremento de la mendicidad), autorizar una absoluta libertad de movimientos a las mercancías y sobre todo a los capitales, impedir las medidas proteccionistas en el comercio, privatizar las empresas estatales levantadas con el esfuerzo de todos, favorecer las inversiones foráneas en las mejores condiciones, convertirlo todo en mercancía, incluso la sanidad y la educación, entre



otras medidas similares, pero siempre en pro de la burguesía y el capital y en contra del trabajo y los servicios sociales.

En este contexto merece la pena destacar la amnistía fiscal que planteó en España el gobierno del PP al presentar los Presupuestos Generales del Estado en marzo de 2012. Esta medida claramente recaudatoria, pues se pretendía que afloraran 25.000 millones de euros de rentas sumergidas para lograr una recaudación adicional de 2.500 millones, supondría el perdón para los que han cometido infracciones o delitos relacionados con el fisco, es decir, tanto para los que practican la economía sumergida como para los que han evadido capitales a los paraísos fiscales. En la historia de la democracia española se han aprobado dos amnistías de este tipo, ambas bajo gobiernos socialistas, una en 1984, con Miguel Boyer al frente del Ministerio de Economía, y otra en 1991, siendo ministro del ramo Carlos Solchaga. Por supuesto, en primer lugar cabe preguntarse qué personas o empresas tienen capacidad para defraudar a Hacienda o para desviar sus capitales a los paraísos fiscales, mientras que en segundo término la cuestión que se debe plantear es sencilla: ¿Regresarán a España todos los millones de euros que los grandes capitales tienen depositados en esos paraísos fiscales por mucho perdón que se conceda a los evasores de impuestos?

Esta crisis ha puesto de manifiesto el verdadero significado del modo de producción y la cultura capitalistas, donde se sacrifica la dignidad humana en aras de una única finalidad: los beneficios y la acumulación del capital. Sin embargo, también puede significar una oportunidad para darle el golpe de gracia a un sistema decadente que ya llevo algún tiempo moribundo, presa de sus propias contradicciones, si bien no se debe menospreciar nunca su capacidad de adaptación y autotransformación para salir fortalecido de las situaciones más desfavorables, incluso apropiándose del discurso de sus enemigos. A este respecto tampoco se debe desdeñar el auge de ciertos partidos ultraderechistas, nacionalistas, racistas y xenófobos, como el francés Frente Nacional o el griego Amanecer Dorado, que intentan pescar en el río revuelto de la crisis y la desesperación de los ciudadanos.

Esta oportunidad para acabar con el capitalismo y con la falacia que representa la construcción europea está plagada de dificultades. Es cierto que desde que se desató la crisis se han sucedido, con mayor o menor virulencia, las protestas populares, las huelgas y las manifestaciones en casi todos los países de la UE y en casi todos los sectores económicos, pero para que estos movimientos de trabajadores puedan triunfar es necesario dar la batalla en cada país, tomar el control del Estado y de la economía, prescindir de los partidos políticos que en realidad sirven a los empresarios y coordinar las huelgas o protestas a nivel europeo.

Muchos movimientos de protesta, como el del 15-M en España, han tenido tanto cuidado en que no se les asocie con ninguna postura política y en declararse neutrales que al final han caído por su propio peso, diluyéndose en la más completa de las ineficiencias. Además, salvo excepciones, y para evitar el despiadado ataque de los políticos y los medios de comunicación afines a la burguesía, rara vez se ha oído entre sus reclamaciones la necesidad de acabar con la dictadura del capital financiero, terminar con las fronteras nacionales, expropiar la banca privada, abolir la propiedad privada de los medios de producción, finiquitar los monopolios industriales y comerciales, etc. En ocasiones, hasta sus reivindicaciones para poder disponer de empleo, vehículo o vivienda llegan a tener un tinte pequeño burgués y escasamente revolucionario. Tal vez es que tienen bien asumido el alegato de la escritora Elvira Lindo (2012) a favor de la prudencia, la moderación en las actitudes y opiniones políticas y lo que ella denomina la fuerza de la razón²⁵.

Por último, a la luz de lo que ya ha demostrado el capitalismo durante sus largos siglos de historia y las nefastas consecuencias de ese megaproyecto capitalista, imperialista, financiero y burgués llamado UE, el futuro pasa por construir unos Estados Unidos Socialistas de Europa, donde se superen las fronteras nacionales, haya una integración política plena y la propiedad de los medios de producción sea pública. La nueva situación tendrá que venir sin duda de los movimientos revolucionarios, pues la burguesía, salvo que tenga miedo, jamás regala nada, hay que arrebatarlo. Como señala al respecto Antonio Gramsci (2011), “esperar hasta ser la mitad más uno es el programa de las almas tímidas que esperan que el socialismo llegue por un real decreto firmado por dos ministros”²⁶.

Además, es bien sabido que jamás en la historia de la humanidad, como indican Carlos Fernández Liria, Pedro Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero (2007), se ha permitido ensayar el experimento que permitiera probar la compatibilidad entre el socialismo y la democracia²⁷. Cuando el socialismo ha triunfado ha sido por medio de una guerra o de una revolución. Nunca los socialistas o comunistas que han ganado unas elecciones democráticas han terminado bien. Ahí están los ejemplos de Salvador Allende en Chile, de Patrice Lumumba en la República Democrática del Congo o de la misma Segunda República Española tras la victoria del Frente Popular. El principio tácito y cínico que impera es el siguiente: ustedes pueden votar por quien deseen, pero el capitalismo ni se toca... Como indican estos mismos autores, “puesto que al comunismo no se le dejó jamás gestionar otra

²⁵ LINDO, 2012, p. 64.

²⁶ GRAMSCI, 2011, p. 36.

²⁷ FERNÁNDEZ LIRIA; FERNÁNDEZ LIRIA y ALEGRE ZAHONERO, 2007, p. 219.

cosa que la guerra, el protagonismo del socialismo real vino lógicamente marcado por la militarización del trabajo, la reeducación cultural y la militancia política. No hay libertades civiles en tiempos de guerra. Ni bajo condiciones capitalistas, ni bajo condiciones comunistas”²⁸.

²⁸ FERNÁNDEZ LIRIA; FERNÁNDEZ LIRIA y ALEGRE ZAHONERO, 2007, p. 221.

Bibliografía

ANGUITA, J. *Combates de este tiempo*. Córdoba: El Páramo, 2011.

BOFF, L. *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Madrid: Trotta, 1997.

BOFF, L. *Ecología, mundialización, espiritualidad*. Madrid: Trotta, 2000.

BOFF, L. La contradicción capitalismo/ecología. *Ecoportal.net*. El directorio ecológico y natural, 2006. Disponible en: <<http://www.ecoportal.net>>. Acceso en: 28 jul. 2012.

CABALLERO, C. La verdadera Normandía. *El Mundo*, Madrid, p. 26, 20 ene. 1995.

COHEN, B. J. Phoenix Risen: The Resurrection of Global Finance. *World Politics*, n. 48, p. 268-296, 1996.

DACHARY, A. C. ¿Una sociedad alienada?. *Noticias del CeHu*, Buenos Aires, 27 mayo 2012.

D’COSTA, A. P. The Restructuring of the Indian Automobile Industry. Indian State and Japanese Capital. *World Development*, n. 23, p. 485-502, 1995.

DMITRIEV, B. *La biografía del “Gran Garrote”*. Moscú: Editorial de la Agencia de Noticias Nóvosti, 1987.

ESTEFANÍA, J. *La nueva economía*. La globalización. Madrid: Debate, 1996.

FERNÁNDEZ LIRIA, C., FERNÁNDEZ LIRIA, P. y ALEGRE ZAHONERO, L. *Educación para la Ciudadanía*. Democracia, Capitalismo y Estado de Derecho. Madrid: Akal, 2007.

FISCHER, J. La amenaza de la amnesia alemana. *El País*, Madrid, p. 35, 3 jun. 2012.

FRANK, A. G. Sin novedad en el este. El mito del “nuevo orden” mundial. In: BRUCAN, S.; FRANK, A. G.; GALTUNG, J. y WALLERSTEIN, I. *El orden mundial tras el fracaso de la guerra del Golfo*. Alicante: Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, 1993. p. 31-82.

GRAMSCI, A. *Odio a los indiferentes*. Madrid: Ariel, 2011.



HESSEL, S. *¡Indignaos!* Barcelona: Destino, 2011.

HOBBSAWM, E. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 1995.

JUDT, T. *Algo va mal*. Bogotá: Prisa Ediciones, 2012.

KLEIN, N. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós, 2007.

LENIN, V. I. *El imperialismo y los imperialistas*. Moscú: Progreso, 1975.

LENIN, V. I. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Moscú: Progreso, 1977.

LINDO, E. Lo vulgar. *El País*, Madrid, p.64, 9 mayo 2012.

MARX, K. *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza, 1968.

MARX, K. *El capital*. Crítica de la economía política. México DF: FCE, 2 vol., 1973.

MOSCOSO DEL PRADO, J. La socialdemocracia y el proyecto europeo. *El País*, Madrid, p. 27, 7 de jun. 2012.

SANTOS, M. Los espacios de la globalización. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, n. 13, p. 69-77, 1995.

SEGRELLES SERRANO, J. A. La ecología y el desarrollo sostenible frente al capitalismo: una contradicción insuperable. *Revista NERA*, n. 13, p. 128-143, 2008. Disponible en: <http://www4.fct.unesp.br/nera/revistas/13/13_segrelles_13.pdf>. Acceso en: 2012.

_____. La Política Agrícola Común de la Unión Europea y la soberanía alimentaria de América Latina: Una interrelación dialéctica. *Scripta Nova*. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales (en periodo de evaluación), 2012.

SOTELO, I. Reivindicación de la parresia. *El País*, Madrid, p. 6, 5 jun. 2012.

TOFFLER, A. *Les Nouveaux Pouvoirs*. Paris: Fayard, 1992.

TOLEDO, G. *Razones para la rebeldía*. Barcelona: Península, 2011.

WALLERSTEIN, I. *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1988.

ZHUKOV, G. *Memorias y reflexiones*. Moscú: Progreso, 1991. 2 tomo.

ZIZEK, S. *Primero como tragedia, después como farsa*. Madrid: Akal, 2011.